



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13038

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 27 DE ABRIL DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Osmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

El servicio de incendios

Cada vez que hay que usarlo sucede lo mismo.

¡Iniciase un fuego y seguidamente tocan á rebato las campanas; suena en las bocacalles la sirena de los bomberos; corren éstos en dirección del parque, se echan fuera las bombas y a poco se siente retambalar el piso al paso de aquéllas.

—Ya están ahí!—se oye decir por todas partes, como si con esa exclamación quisieran descargar sobre los que la pronuncian de la ansiedad que sienten.

Mas no sucede así, porque en ese momento de llegar el material de incendios, comienza una serie de dificultades que dura largo rato. El tiempo que sigue quemándose la casa, trabaja la crítica poniendo en relieve faltas que hacen mucho tiempo debieran corregirse y no se han corregido no se sabe por qué.

Declarámos que las dichas faltas no son imputables á la brigada de bomberos. Estos se concretan á disponer los útiles, esperando ordenes, para maniobrar si esta presente ya quien debe dirigirlos, y si aún no hay quien las dé, comienzan la faena, que adolece con frecuencia del defecto de no obedecer sólo á una iniciativa al no á varias, todas muy laudables pero que se estorban.

La primera dificultad que se presenta, especialmente si el siniestro estalla durante la noche, es la falta de instas. No la hay en los primeros instantes y es preciso avisar para que venga. En tanto la casa sigue ardiendo, y cuando el líquido llega por fin en cantidad bastante, se observa que no tiene presión suficiente para lanzarla á las alturas, ni es posible darsela á

menos de perder un par de horas, tiempo sobrado para que arda una manzana entera.

Y no es que la cosa no tenga remedio. Lo tiene muy fácil. La presión directa del depósito de Perín sobre esta ciudad es de catorce atmósferas; presión innecesaria de ordinario, que se disminuye estableciendo á mitad del camino otro depósito pequeño, en el cual quedan libres las aguas que bajan de Perín, descargándose de la presión que traen hasta dicho punto. La presión desde éste sobre la ciudad es de sesenta metros—seis atmósferas en números redondos;—mas si en un momento se quiere que aumene, basta aislar la entrada, obteniéndose de este modo la presión directa del depósito de Perín, que como hemos dicho es de diez atmósferas lo menos.

Si entré ese depósito pequeño y el servicio de bomberos hubiese servicio telefónico, bastaría avisar al guarda y momentáneamente aumentaría la presión; pero no lo hay, no por que no se haya caído en la cuenta de que debe haberlo, que ya se hicieron las gestiones necesarias en tiempos del difunto señor Bruna, para que lo hubiese, pero no se llevaron á término.

Y es lástima; porque haber empleado un capital en material de incendios bien merece que se establezca ese servicio, puesto que con él se aseguraba lo que es necesario para combatir un incendio: agua con presión.

Y ya puestos á hablar de estas cosas, diremos además que se nota la falta de organización. Surge un incendio y va de cabeza todo el mundo, como si de todos se apoderara el pánico. Lo primero que se debe hacer cuando estalla un incendio es avisar á la compañía de aguas para que se dé salida al depósito del Monte Sacro. Porque ¿qué bienes nos vienen con que lle-

guen los bomberos al pie de la casa que arde y se encuentren sin agua?

Con un teléfono y una poca de serenidad el servicio de incendios quedaría completísimo.

¿Vale la pena la tranquilidad del vecindario el que se establezca ese teléfono?

TIJERETAZOS

Leemos:

«El asesino del Gran Duque Sergio acaba de ser condenado á pena capital.»

«No lo declamamos! Si era imposible que le comutaran la pena de muerte por la de destierro!

Aunque bien mirado da lo mismo. La pena de muerte no es más que un destierro de la tierra.

Destierro perpetuo, como decía la noticia.

Dice un corresponsal desde San Petersburgo que circulan allí con frecuencia las más inverosímiles patrañas.

No se acredita de listo el periodista. Lo que él observa ahora viene sucediendo desde el principio de la guerra.

«Si con las mentiras forjadas allí habría para instruir los barcos que manda Rodionovski y aun quedarían bastantes para flotar los que manda Kamizura!

«¿Qué modo de faltar al octavo mandamiento!

La mejor que tienen allí es la constancia. No se arrepienten, no. Al contrario, se mientan más que nunca.

Y por partida doble.

Es decir, con motivo de la guerra y de esa revolución formidable de que hablan los corresponsales, que va á resultar menos grave que cualquier motín por consumos de los que aquí se usan.

Montero Rios ha hecho declaraciones de importancia, de esas que á veces hacen los políticos cuando hablan solemnes.

Ha dicho que Villaverde no tiene mayoría.

Por cierto que, haciendo comentarios sobre declaración tan importante, decía ayer un antiguo progresista:

«Y ha dejado ese hombre la tranquilidad de su retiro para decir eso!

Los jefes de las agrupaciones liberales le han dado al presidente del consejo un nuevo golpe, entregándole la segunda protesta por su empeño en no desechar el correo á las Cortes.

Si la primera tenía miedo de estar sola, ya tiene compañía.

Por lo demás, ¡ahí me las den todas! dirá el marqués de Pozo Rubio archivando el papel.

Diéron de Madrid:

«Esta mañana ha fallecido un inspector de policía urbana.

A las dos horas de haber fallecido dicho funcionario, fueron llegados al Ayuntamiento sesenta y dos cartas solicitando la vacante.»

Esto hace pensar en una cosa:

Que esas sesenta y dos sollicitantes espían la aguja del paciente deseando que se muriera pronto.

El señor García Aliz ha hecho una frase:

«Esto no debe gustarle al Sr. Maura, que ejercía el monopolio de ellas; pero tampoco le gustó que le sustituyera Villaverde y hace de tripa corazón.»

Pues sí, el ministro de Hacienda ha hecho una frase que tiene sentido y mucha que entender. «Si es casi un poema!

Hablando con los periodistas sobre la apertura de las Cortes y de cualquier acto que la mayoría quiera intentar contra el gobierno, ha dicho:

«Con la compañía actual termina el abono.»

¡Vaya un aviso!

Porque eso, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir:

Caballeros; tras de nosotros están los liberales; y cuando hagamos mutis, habrá que dejar la cuchara, el sitio, el acta y la influencia.

Con que ustedes dirán.

Si esto no es colocar á los hombres entre la espada y la pared, que venga Dios y lo vea.

CORONACIÓN del rey de Luan-Prabang

El último correo de Saigón trae curiosos detalles de la coronación del rey Sidavong, verificada el 4 de Marzo en Luan Prabang.

Como el país está sometido al protectorado de Francia, los representantes de la vecina República tomaron parte principal en los festejos.

Al despuntar el día, el rey Sidavong se trasladó á una pagoda, donde estuvo hasta las once de la mañana; á esta hora fué recogido por dos funcionarios franceses y conducido con gran aparato al palacio real, donde estaba el Residente general francés rodeado de los demás funcionarios y colonos franceses.

La vistosa comitiva recorrió la larga avenida, plantada de grandes cocoteros, que conduce al palacio real.

Formaban aquélla veinticuatro secciones de la milicia en traje de gala, con sus tambores; seguían catorce elefantes con sus caparazones color púrpura; á continuación varias orquestas del país con instrumentos de bambú; después numerosos peajes vestidos con ricas telas de brocado de oro y montados en caballos adornados con las mismas telas; portadores de sables y joyas de la corona; lacayos con vasos y copas de todas formas, de oro macizo y cincelado; luego, sobre un trono llevado por dieciséis heraldos, el segundo rey, de gran uniforme y cubierto de condecoraciones; seguían cincuenta botos, con la bandera francesa y con trajes de seda amarilla; doncellas con ligeros trajes blancos, llevando flores y coronas de plata entrelazada; detrás iban los toreros con haces de varas; los músicos de la corte y los servidores principales, jinetes en caballos levemente enjambados; inmediatamente los dos ejércitos de armas del rey con pesados caparazones de oro macizo y largas plumas de pavo real; en último término iba el rey vestido con una sencilla túnica de seda blanca, á cuatro metros de altura, sobre un trozo de seda púrpura, todo dorado y salpicado de piedras preciosas, llevado por treinta y cuatro heraldos con trajes rojos.

Al llegar á la explanada ante el palacio real donde le esperaba el Residente general francés, descendió Sidavong del trono y dirigiéndose al centro de aquélla, donde se hallaba un gran baño dorado, desnúdase y arroja en él.

A los pocos minutos salió del baño, á la vez inmediatamente le vistieron los mandarines, poniéndole un uniforme con vistosos adornos y zapatos y hombreras de oro macizo.

El Residente francés condecoró entonces á Sidavong con la legión de honor, y las grandes cruces del país, colocándole también sobre la cabeza una pesada diadema

Bien decías tú, Bautista, hace un rato; yo no podría, en ningún caso, renunciar al placer de vengarme cuando se me ofende. ¡Es tan hermosa la venganza!

Sonrió de una manera siniestra y aceleró el paso.

pero á pié, sin espuelas y provistos de bastones nombrados con puño en forma de cayado.

Seguros de que no había gente en la callejuela, coheron á andar en silencio, cerrándose otra vez la puerta tras ellos.

En pocos momentos salieron al campo y á la luz del crepúsculo se metieron en un terreno escabroso que conocían perfectamente.

A medida que avanzaban parecían irse disipando los recelos que de ordinario les inspiraba su seguridad, y su paso iba haciéndose más resuelto; dírase que se consideraban como amos en aquel cantón, y que estaban allí como en su casa, por lo cual se pusieron á hablar con libertad y en voz alta sin temor alguno.

El Guapo Franciscó hizo notar á sus compañeros un resplandor lejano que iluminaba la cima de los árboles como el reflejo de un vasto incendio.

—¡Hola!—dijo alegremente,—parece que nuestras gentes se divierten por allá; dentro de un cuarto de hora nos reuniremos á ellos.

¡A fé mía algunos hay allí que no esperarán la fiesta que les preparo!



El Guapo Franciscó le interrumpió con un horrible blasfemia.

—¡Calla! ¡calla!—dijo con violencia;—sabes más peligrosos míos de los que fuera menester, y esto es peligroso para tí, Bautista, muy peligroso, orbeo. No me enojo que se me...

